



EL BeATRIZ OSÉS  
**CEMENTERIO  
DE EVERDEN**

**DESTINO**

La tumba de Walter Malone

EL BeATRIZ OSÉS  
CEMENTERIO  
DE EVERDEN



La tumba de Walter Malone

Ilustraciones de Mónica Armiño

DESTINO

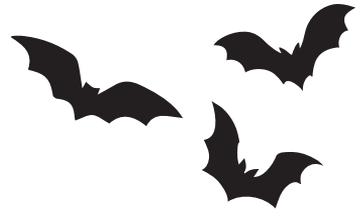
DESTINO INFANTIL Y JUVENIL  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Beatriz Osés, 2024  
© de las ilustraciones de interior y cubierta: Mónica Armiño, 2024

© Editorial Planeta S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2024  
ISBN: 978-84-08-28913-5  
Depósito legal: B. 12.447-2024  
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Iba a morir. Si no reaccionaba a tiempo moriría bajo tierra. Aunque en ese momento no supiera dónde me encontraba ni cómo había llegado hasta allí. Olía a muerte. A muerte y a tierra húmeda aplastando mis pulmones. No alcanzaba a comprender por qué me habían enterrado vivo. Agité mis brazos con fuerza apartando con las manos la tierra que me rodeaba. No podía respirar. Ni siquiera abrir los ojos. Intenté que mis dedos hallaran la salida. Escupí tierra. Grité y braceé con desesperación a través de un minúsculo agujero que se volvió a ocultar por el efecto de mis torpes movimientos. Necesitaba oxígeno.

Lo que nunca esperé fue tropezar, un poco después, con otros dedos que no fueran los míos. Me temí lo peor. ¿Estaba rozando otro cadáver con el que compartía mi fosa? Sus manos se mantenían aún calientes. De repente,

noté otra mano más gruesa que me tomaba por la muñeca. Me aferré a ella. La tierra comenzó a apartarse a mi alrededor. El frío de la noche me golpeó en parte de la cara. Siempre recordaré esa sensación. Por fin, aire. Aire helado entrando en mis pulmones. Los párpados, el rostro, mi cuerpo manchados de tierra. Abrí la boca para escupirla y tomar otra gran bocanada de oxígeno. De fondo, oía dos voces femeninas hablando atropelladamente:

—Pero ¡¡qué demonios!! —exclamaba una de ellas, que identifiqué como la voz grave de una mujer.

—¡Qué horror, qué horror! —repetía la de una joven desconocida.

—Creo que llevo unas toallitas en mi bolso. No te preocupes, chico, te limpiaré la cara.

—¡No tenía que haber venido hasta aquí! —proseguía la otra—. Sabía que no era una buena idea. Everden es un lugar maldito. Si mi madre se entera, me va a matar. Me cortará la cabeza. Me...

¿Qué decía esa panoli? Si no hubiera estado allí, ¿quién me habría socorrido?

—¡Cállate y ayúdame a limpiarle! —ordenó la otra—. Pobrecillo, tiene tierra hasta en la nariz.

—No pienso meter mis dedos en sus fosas nasales —contestó asqueada.



—¡Suénate! —me aconsejó la mujer poniéndome una toallita húmeda en la palma de la mano.

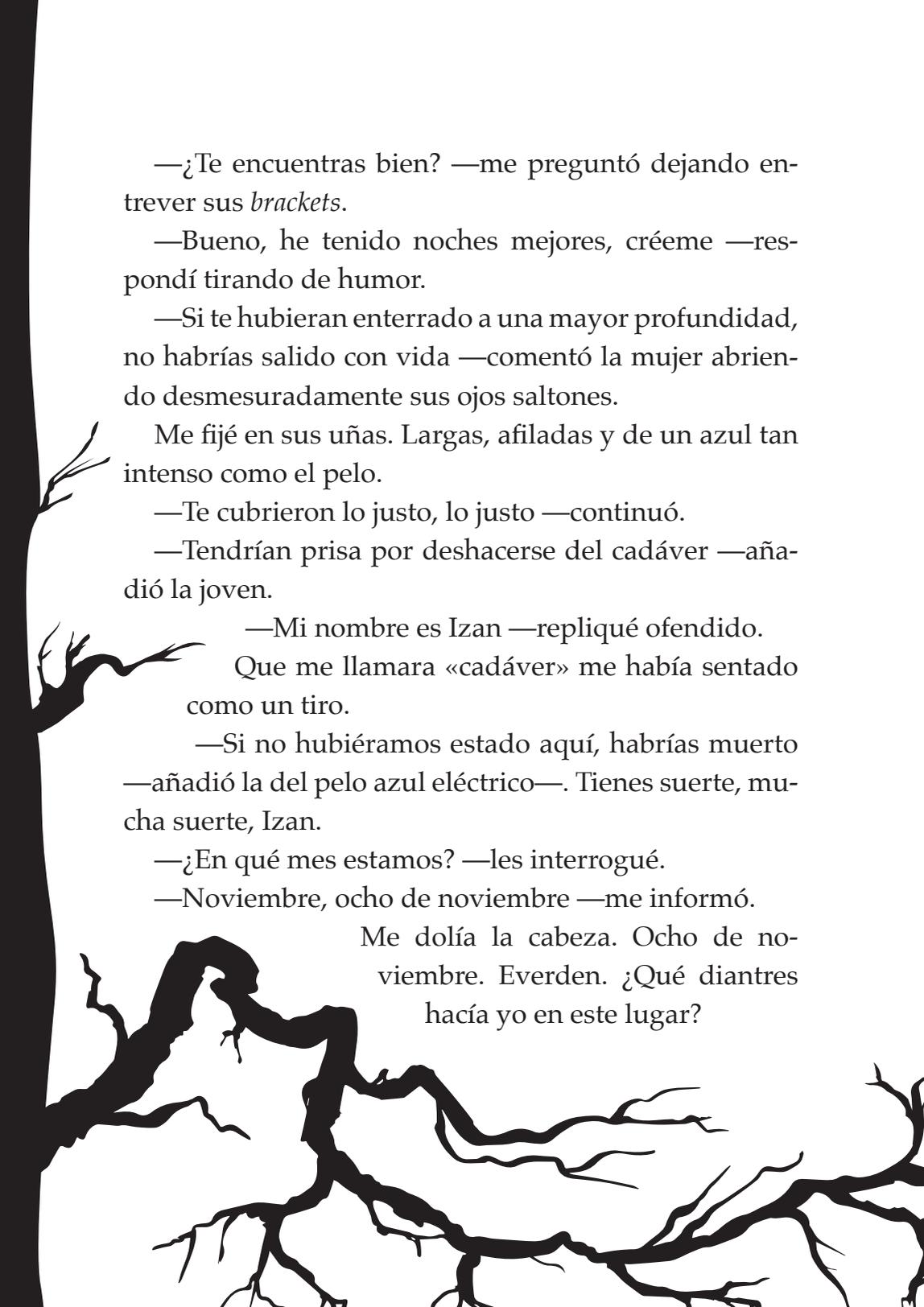
Abrí los ojos y obedecí.

—Has tenido mucha suerte —concluyó ella.

¿Suerte? Que te enterrasen vivo no coincidía con mi idea de tener suerte. Me soné otra vez con fuerza. Observé a mis dos rescatadoras arrodilladas sobre la hierba mojada. Respiraban de forma agitada y el vaho escapaba por sus bocas formando diminutas nubes. Había dos potentes candiles junto a ellas y una linterna. La mayor era una señora de cabello rizado y largo, con un enorme tupé teñido de un azul eléctrico, con unas napias pronunciadas. Llevaba un plumífero negro muy corto y una túnica azul ceñida al cuerpo. Pensé que debía de tratarse de una de esas friquis que buscaban fantasmas para algún programa de televisión.

No en vano, el cementerio estadounidense de Everden destacaba por ser uno de los más hechizados del mundo. La que no pegaba ni con cola era su acompañante, la quejica. Acababa de agarrar la linterna y la luz la iluminaba desde abajo creando sombras siniestras. Parecía la típica adolescente de pelo liso y rubio, con flequillo, y cara de no haber roto un plato en su vida. Llevaba una cinta elástica a modo de diadema con tres margaritas horribles.





—¿Te encuentras bien? —me preguntó dejando entrever sus *brackets*.

—Bueno, he tenido noches mejores, créeme —respondí tirando de humor.

—Si te hubieran enterrado a una mayor profundidad, no habrías salido con vida —comentó la mujer abriendo desmesuradamente sus ojos saltones.

Me fijé en sus uñas. Largas, afiladas y de un azul tan intenso como el pelo.

—Te cubrieron lo justo, lo justo —continuó.

—Tendrían prisa por deshacerse del cadáver —añadió la joven.

—Mi nombre es Izan —repliqué ofendido.

Que me llamara «cadáver» me había sentado como un tiro.

—Si no hubiéramos estado aquí, habrías muerto —añadió la del pelo azul eléctrico—. Tienes suerte, mucha suerte, Izan.

—¿En qué mes estamos? —les interrogué.

—Noviembre, ocho de noviembre —me informó.

Me dolía la cabeza. Ocho de noviembre. Everden. ¿Qué diantres hacía yo en este lugar?

—Yo debería largarme antes de que esto empeore —soltó la chica sacudiéndose la tierra de las manos.

—¿Empeorar? —pregunté asombrado.

—Está claro que han intentado matarte —repuso alarmada la chica—. Y no me pienso quedar aquí por si regresa tu asesino. Con un fiambre me parece suficiente.

—Oye, a mí no me llames fiambre —le reproché.

—Uy, uy, percibo malas vibraciones, mal rollo —comentó la mujer visiblemente preocupada—. Si seguís en ese plan, no me va a quedar más remedio que limpiaros el aura.

—¡Yo me piro! —insistió la chica.

—Tú no te vas a ninguna parte hasta que descubramos qué está sucediendo aquí —la cortó implacable—. Soy Camelia Dunkel, tarotista profesional —anunció pegando un largo trago a una botella de zumo que había sacado de su bolso—. ¿Quieres un poco? —me ofreció—. Es de maracuyá.

—No, no, gracias.

Se hizo un silencio muy tenso.

—Yo me llamo Emma Walker —escupió a regañadientes la que faltaba por presentarse—. Y no tendría que haber venido.

—Eso nos ha quedado claro, Emma —repetí su nombre silabeándolo con retintín.



—No nos dispersemos, Izan, ¿quién ha intentado matarte? —soltó sin rodeos la de la túnica azul y labios carnosos pintados del mismo color.

—No lo sé —contesté muy serio.

—¿No pudiste verlo? —insistió.

—No recuerdo nada —confesé desorientado.

—Uff, me he puesto perdidos el abrigo y los vaqueros. ¡A ver cómo justifico yo esto en casa! —maldecía Emma.

—¿Ningún detalle de su cara? ¿Su nombre? —volvió a la carga la tal Camelia clavándome sus ojos de sapo.

Negué con la cabeza.

—¿Y tu apellido? —se interesó.

Me quedé callado. Ambas me observaron con atención. Apreté los labios. Ni idea. La rubia arrugó el entrecejo y no tuvo piedad conmigo.

—¡Menuda ayuda, Izan! —Exageró la pronunciación de mi nombre—. Si, al menos, supieras la identidad del asesino, podrías denunciarlo en comisaría.

Desde luego, era la empatía personificada.

—Y tú volverías a casita tan tranquila, ¿verdad? —le espeté, irónico.

—Exacto —respondió furiosa.

—¡Se acabó! —terció la tarotista—. No aguanto tanta

tensión. Os voy a limpiar el aura ahora mismo —dijo mientras sacaba varias ramas de su bolso.

—¿Qué es eso? —preguntamos a coro.

—Laurel purificador —contestó la tarotista, antes de sacudirlas alrededor de nuestras cabezas.

Emma y yo nos miramos desconcertados. A aquella señora se le había ido la pinza. Por primera vez, parecíamos estar de acuerdo en algo.

